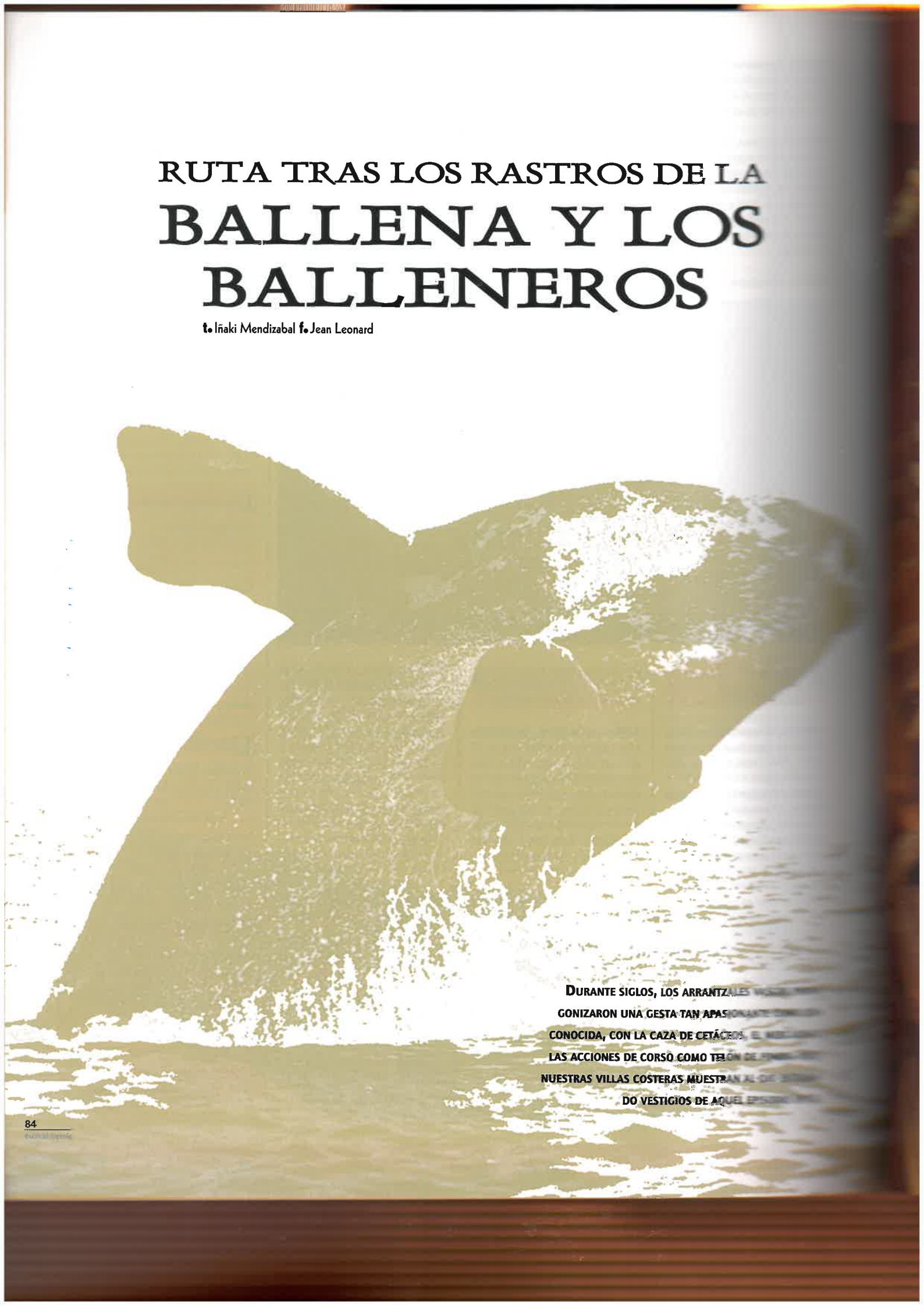
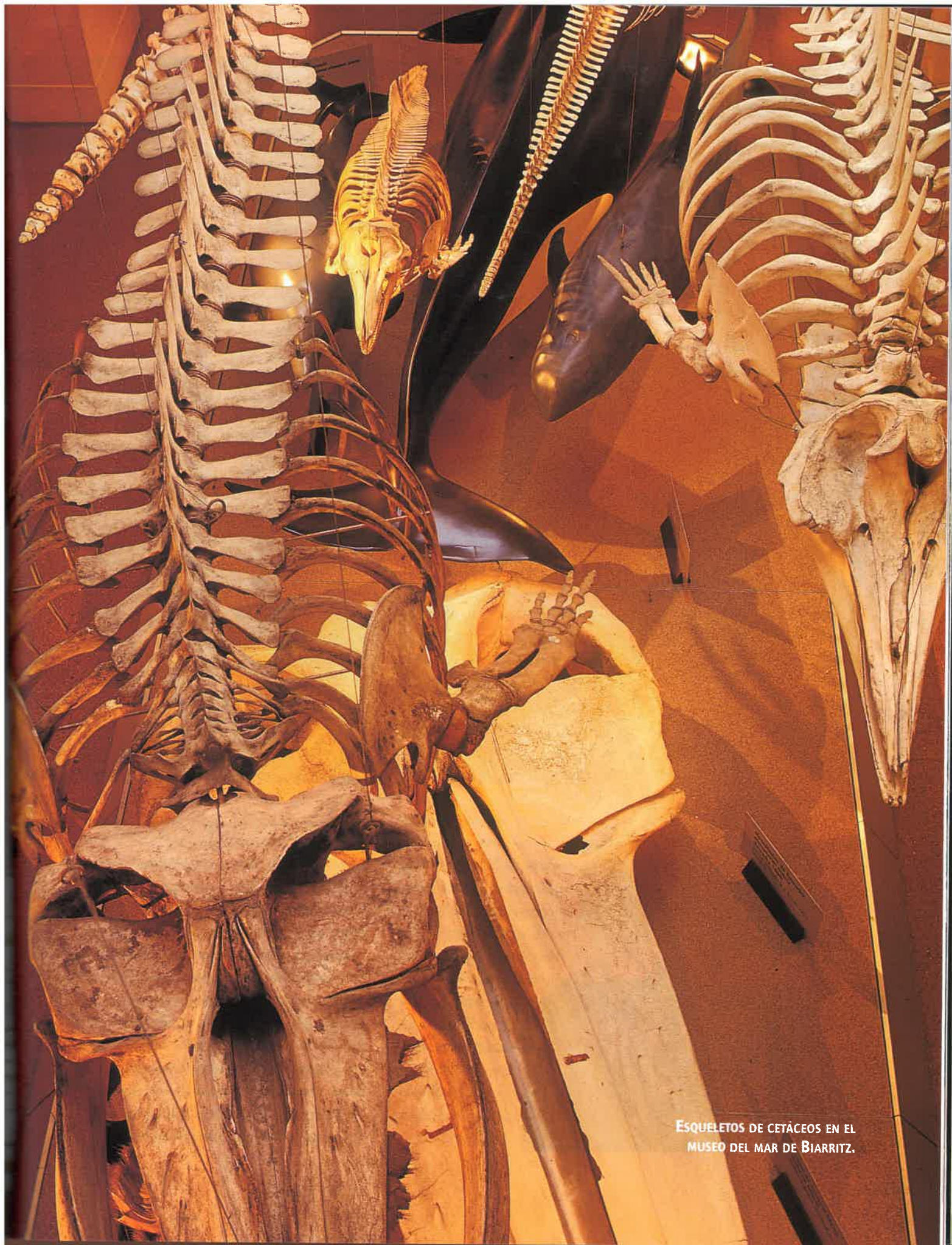


RUTA TRAS LOS RASTROS DE LA BALLENA Y LOS BALLENEROS

✎ Iñaki Mendizabal ✎ Jean Leonard



DURANTE SIGLOS, LOS ARRANTZALES VASCOS
CONIZARON UNA GESTA TAN APASIONANTE COMO
CONOCIDA, CON LA CAZA DE CETÁCEOS. E INCIERTAMENTE
LAS ACCIONES DE CORSO COMO TENDRAN AL DÍA DE HOY
NUESTRAS VILLAS COSTERAS MUESTRAN ALGUNOS
DO VESTIGIOS DE AQUEL EPISODIO.



ESQUELETOS DE CETÁCEOS EN EL
MUSEO DEL MAR DE BIARRITZ.

Fueron tiempos difíciles. El hambre y la guerra se aliaban, en los primeros siglos de la era cristiana, contra los habitantes del litoral vasco. En aquellos tiempos convulsos, de lucha por la subsistencia, los vascos ya sabían de las ballenas. Ejemplares solitarios varaban cada año en los arenales del Cantábrico, y los lugareños no tardaron en sacarles provecho.

Pero entonces aparecieron los hombres del mar, acercándose en sus barcos de proas afiladas, adornadas con cabezas de carneros y figuras de dragones milenarios. Uno se imagina a sus antepasados contemplando aquel espectáculo, apostados en las orillas de la ría de Gernika. Así debió de ser el encuentro —que ningún historiador ha podido demostrar fehacientemente— entre los vascones y los viking, la furia del norte, temidos por su instinto depredador y extraordinarios marineros. Durante los años de convivencia, tomamos prestados conocimientos —entre otros, el arte de la navegación— que marcaron el devenir de un pueblo de cuya existencia apenas se tenía noticia por los escritos de Estrabón.

Este decisivo encuentro incitó a abrirse al mar. Aprendimos de los normandos a construir

embarcaciones fiables, a conducir las; y sobre todo el arte de cazar la ballena en alta mar. La primera noticia que se tiene de la comercialización de productos de ballena por marinos vascos es del año 670, cuando un cargamento de unas diez toneladas de saín —aceite— fue enviado a la Abadía de Jumieges, a orillas del Sena.

EN SAN JUAN DE GAZTELUGATXE ENCONTRAMOS ESTA VIDRIERA QUE DESCRIBE LA CAZA DE UN CETÁCEO. ALGO MÁS ADELANTE, EN BERMEO GOZAREMOS DE UN CALEÓN BALLENERO.



Joseba del Villar



Rumbo por la costa

Se cree que los vascos comenzaron a usar el arpón hacia el siglo VII después de Cristo. Poco conocemos de aquellas primeras cacerías de ballenas, pero sí sabemos que a partir de ellas comenzó una odisea que se prolongó durante siglos, y que vivió una época de esplendor y desmesura durante los siglos XVI y XVII, propiciada por el auge de la pesquería en Terranova y por la demanda de saín en toda Europa.

La costa vasca está salpicada de señales que denotan este pasado glorioso, pero para encontrar las huellas de aquel episodio hay que aguzar las retinas, pues permanecen semiocultas.



La aventura podría comenzar en el Abra de Bizkaia, a la altura de Zierbena. Allí se enzarzaban corsarios guipuzcoanos y vizcaínos, en pugna por la grasa que llegaba de Terranova.

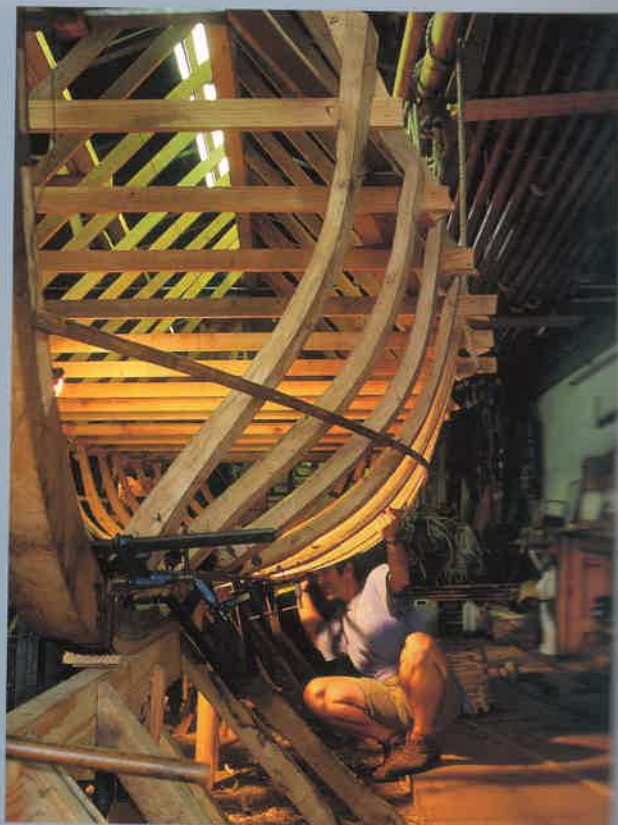
Los vascos ya habían entrado de lleno en el comercio europeo, y Bilbao y Donostia se disputaban en el siglo xvi el mercado de saín y de bacalao. Por ello, era frecuente ver acciones de corso en la ría del Ibaizabal, no exentas de violencia. De todo aquello apenas queda una sangradera original y una réplica de un viejo arpón ballenero, expuestas en el Museo Arqueológico, Etnográfico e Histórico Vasco, situado en las siete calles de la capital vizcaína. La singladura nos lleva hasta Bermeo. Pronto descubrimos su

pasado ballenero. Los bermeanos, conscientes de la importancia de aquel episodio, mandaron construir un ballenero, el galeón "Betí Aita Guria", réplica casi exacta de un barco del siglo xvii, que está varado en el puerto.

El visitante puede ver desde dentro cómo eran estos buques, preparados tanto para la pesca como para el transporte o la guerra. Otro rincón selecto de la ilustre villa es el Arrantzaleen Museoa, sito en la Torre Erzilla, una pequeña fortaleza gótica que guarda aparejos y herramientas de la pesca de la ballena.



**EXPEDICIÓN DE AL-
BAOLA "APAIZAC OBE-
TO" EN AGUAS CANA-
DIENSES RECORRIENDO
LA MEMORIA DE LA
PESCA DEL SIGLO XVI.**



LA ASOCIACIÓN AL-BAOLA DE PASAIA SE ESMEZA POR RECUPERAR LAS NAVES DE LA ÉPOCA DORADA EN LA CAZA DE LA BALLENA. EN LAS IMÁGENES, LA CONSTRUCCIÓN DE BEO-THUK Y LA BOTADURA DEL BUTUS, DOS RÉPLICAS DE UNA TXALUPA BALLENERA DEL SIGLO XVI ENCONTRADA EN EL FONDO MARINO DE RED BAY (TERRANOVA).

Lekeitio, capital ballenera

El viajero alcanza Lekeitio, localidad ballenera por excelencia. Su cofradía es una de las más antiguas, y en 1618 ya había una compañía ballenera establecida allí. Pero, tan proverbiales como su tradición marinera son las disputas con sus vecinos de Ondarroa. El derecho al unto marcaba las reglas a seguir, es decir, el primero que alcanzaba a herir al animal tenía derecho sobre ella.

Lekeitio fue una referencia del mercado ballenero y en torno a esta actividad guarda un anecdotario extenso. Una de ellas cuenta cómo los lekeitiarras obtuvieron de Roma una dispensa para celebrar la misa dos horas

EN LEKEITIO, LA FUENTE DE ARRANEGI ZABALA, SOBRE UNA PILA BAPTISMAL, ES UNA BUENA MUESTRA DE LA MEMORIA BALLENERA.

antes del amanecer, al objeto de que los marinos pudieran salir a la mar "convenientemente". El escudo de Lekeitio habla por sí solo de la importancia que el mercado del saín tuvo para la villa: una ballena y su cría se esfuerzan por huir de los arpones de los arrantzales.

De Lekeitio saltamos a Ondarroa y Mutriku, dos localidades cuyos escudos delatan su pasado ballenero. En Ondarroa, una escultura de Mikel Anjel Lertxundi hace honor a esta epopeya: una ballena de madera que se retuerce entre las piedras de una pared conforma un tímido homenaje a aquellos que se batieron con las olas; y que llegaron hasta Terranova, mina ubérrima de bacalao y ballenas durante los siglos XVI y XVII.

Esta moderna escultura tiene su contrapunto en Mutriku, en el relieve de un barco ballenero tallado en caliza gris en la fachada de la casa de los Condes de Mutriku; y los caseríos decorados con barcos de los caseríos de Unibetxe, Ilunbe y Anabitarte.





Disputas por el botín

La gesta de la caza en el mar apenas ha quedado reflejada en unos cuantos pergaminos. En tierra, documentos del siglo xvii dan fe de las polémicas que surgieron entre la Corona española y las cofradías pesqueras por el botín, amén de las disputas entre puertos vecinos.

Así, la euforia de la caza derivaba, muchas veces, en enfrentamiento. Mutriku y Deba, Getaria y Orio u Hondarribia y sus vecinos de Hendaia pujaron en incontables ocasiones por la carne y la grasa del cetáceo. Las pruebas de traineras actuales nacieron de esas pugnas: el más rápido en llegar a la ballena, el primero en clavar su arpón, se apuntaba una ventaja importante, aunque no siempre resultaba definitiva.

Los vascos también fueron pioneros en el mercadeo de productos de ballena. A principios del siglo xi su carne ya se exponía en los mercados de Baiona; y se exportaba por mar y

por tierra, también a Castilla, pasando por la ría de Deba, auténtica autopista fluvial de la época y enclave mercantil de primera magnitud. Los cargamentos, guardados en tinajas de barro procedentes de Sevilla, viajaban hasta Alzola (Elgoibar). Allí esperaban las reatas de mulas que llevaban el saín tierra adentro cargando odres o pellejos. Por mar, la grasa y la carne de ballena se exportaban a Flandes, Inglaterra y Francia. En toda Europa los huesos se usaban para construir cierres de terrenos, mangos de cuchillos, asientos, escabeles... y con la grasa se confeccionaban las "lumeras", tan necesarias para los trabajos nocturnos.

Desde Deba, la sinuosa carretera avanza por tierras guipuzcoanas pegada al mar; se aleja de los acantilados en el alto de Itziar; y cae otra vez



IMAGINEMOS LAS REUNIONES CASI ÍNTIMAS DE LOS PESCADORES A LA LUZ DE LAS VELAS QUE ELABORABAN CON ESPERMA DE BALLENA.



**LA VISITA AL GALEÓN
BALLENERO EN EL
PUERTO DE BERMEO ES
UN VIAJE QUE RECUER-
DA A LOS MARINEROS
CUANDO SE HACÍAN
A LA MAR EN BUSCA
Y CAPTURA DE LOS
GRANDES CETÁCEOS.**

en picado hasta el borde mismo del litoral, en los humedales de Zumaia. En sus inmediaciones se construyeron algunas de las mejores naos balleneras que partieron hacia Terranova.

La ruta sigue cosida al mar hasta llegar a Getaria, cuna de grandes navegantes y de insignes estirpes de balleneros. El famoso ratón de Getaria (isla de San Antón), achaparrado e inconfundible, sirvió de atalaya para los pescadores de los siglos xvi y xvii. Sus habitantes utilizaron las capturas balleneras como moneda para pagar las obras del puerto. Pero la ballena fue también motivo de discordia durante décadas; las querellas entre marineros y concejales del pueblo, así como las disputas entre el consistorio y la Corona española, fueron constantes.

**EN EL MUSEO DEL AQUARIUM DE
DONOSTIA CONSERVAN UNA VÉRTE-
BRA DE BALLENA Y EL ARPÓN QUE
SERVÍA PARA CAZARLAS.**

En 1376, por ejemplo, el rey español eleva su nivel de exigencia hasta obtener la mitad de la primera ballena cazada cada temporada. Los habitantes de Getaria se negaron a pagar esta cuota el año 1474, aunque la Iglesia siguió recibiendo grandes sumas ("la lengua para Sant Salvador de la dicha villa").

Persiguiendo más acantilados el visitante se topa con Zarautz, que en otros tiempos también se lanzó a la mar con ambición. Zarautz fue pueblo ballenero, como lo demuestra la Carta Puebla que en 1237 les concedió el rey Fernando iii "el Santo" y que, entre otras disposiciones, fijaba los tributos que los zarautzarras debían pagar al monarca. Uno de esos edictos rezaba así: "Si

matéis alguna ballena, me daréis una tira desde la cabeza hasta la cola". Un precioso dintel tallado en una de las casas de la calle Azara delata al cetáceo. Su escudo también, aunque el mamífero

que aparece en él no está arponeado, como acontece en otros blasones (en los de Mutriku, Getaria y Hondarribia, por ejemplo).





La última captura

El último episodio de la caza de la ballena tuvo lugar no muy lejos de allí, en Orio. En las aguas de su ría volaron las pesadas sangraderas, y los arpones se tiñeron de rojo por última vez el 14 de mayo del año 1901.

En Orio las evidencias son manifiestas. En el número 6 de la calle Mayor un dintel labrado en piedra arenisca representa una nao de casco corto y panzudo; y en la calle Aganduru asoma el bajorrelieve de un barco del siglo xvi. Orio, junto con Donostia y Deba, fue un importante centro del comercio de la grasa de ballena.

Pero no acaba ahí el trasiego ballenero de la costa guipuzcoana. Durante el siglo xvii Donostia llegó a acaparar, junto con Bilbao, las mercaderías de bacalao y grasa de ballena, siendo también una notable base corsaria. Estas riquezas reforzaron las cofradías y fomentaron iniciativas inusuales para la época (en 1599 se publicó en Donostia un edicto que invitaba a los ciudadanos a cuidar de los pescadores enfermos y mutilados). En el monte Ulia, en

el extremo oriental de la capital guipuzcoana, la "Peña del Ballenero" sigue recordando la antigua misión de avistar al cetáceo para proclamarlo a los cuatro vientos, bien mediante un fuego especial, bien con la ayuda de la txalaparta. Los donostiarras guardan con celo las reliquias de aquellas hazañas: el remozado aquarium de la ciudad conserva el esqueleto del que fue uno de los últimos cetáceos cazados y que, según cuenta la historia, acabó pudriéndose en la playa, mientras los marineros de Zarautz y Getaria litigaban por sus carnes y barbas. Asimismo, el Museo Naval, cerca del aquarium, guarda los aperos de un oficio que dio lustre a la ciudad. Los aires balleneros tampoco se extinguen en la Bahía de La Concha.

**TXALUPA EN EL FRON-
TÓN DE IZURA, DURAN-
TE UNA EXPOSICIÓN ITI-
NERANTE DE ALBAOLA.**

**BARRICA PARA TRANSPORTAR ACEITE
DE BALLENA, RECONSTRUIDA A PAR-
TIR DE LOS ABUNDANTES RESTOS DE
TONELERÍA DEL SIGLO XVI ENCON-
TRADOS EN RED BAY.**



Juanjo Egüña-Museo naval



Atarazanas reales de Pasaia

Pasaia fue durante siglos refugio de naos de todo tipo y guarida corsaria de primer orden. Durante el siglo xvii acogió, asimismo, media docena de grandes astilleros, además de las atarazanas reales, que se encargaban de abastecer a la Corona española de todo tipo de buques. Pero, los pasaitarras también fueron afamados balleneros.

La Iglesia del Santo Cristo de la Bonanza, de larga tradición entre la comuni-

**SANGRADERA O
LANCETA UTILIZADA
PARA DEBILITAR A
LA BALLENA TRAS SER
ARPONEADA. PROCEDE DE
HONDARRIBIA, SIGLO XVII.**



dad pesquera, conserva sobre una de sus puertas la leyenda conocida como "Lintxua", inscripción de un barco ballenero que tenía como objeto pedir al Santo Cristo que les favoreciese en la caza de los cetáceos en alta mar.

Hondarribia, sufridora de saqueos, guerras e incendios, también cuenta con antecedentes balleneros. En su casco histórico, un escudo de piedra, que inspira al blasón municipal, adorna una de las viejas murallas de la villa.

En el escudo, la ballena, una vez más, cobra protagonismo. Según las crónicas, el último combate de Hondarribia contra el cetáceo aconteció en el año 1805 y las gentes de los alrededores acudieron a ver la pieza cazada como si de un monstruo raro se tratara.



Nido de víboras en Iparralde

Al otro lado del río Bidasoa el turismo ha borrado los rastros del pasado ballenero. Pero en pleno siglo xvi la bahía de Txingudi era escenario de despieces y sorteos, muchos de los cuales acababan en trifulcas.

La luz de una vela marcaba el tiempo de cada sorteo y cuando se extinguía, la puja concluía. La bahía también acogió valiosos astilleros; y los corsarios lapurtarras encontraron refugio seguro en las tabernas de Hendaia, foco de escandaleras y dispendios desorbitados.

Nido de corsarios fue también Donibane Lohizune, al igual que su vecina y rival Ziburu. Donibane Lohizune era ya una importante



EL MAR GOLPEA LAS
ROCAS DE BIARRITZ,
MIENTRAS EN EL VIEJO
PUERTO UNOS MARINE-
ROS TOMA UN TRAGO.
EN LAS ESTRECHAS
CALLES DE PASAI DO-
NIBANE TRANSPORTAN
EL BARTHOLOME, UNA
DE LAS EMBARCACIO-
NES, CON EL CASCO
FORRADO DE CUERO,
DEL ASTILLERO DE RI-
BERA DE ALBAOLA.

ensenada dedicada al bacalao en el siglo xv. Eran tiempos de gran comercio marítimo, y corsarios como Haraneder, Xiban y Etxepare hicieron que a esta parte del litoral se le conociera como "Nido de Víboras". Las más de las veces los corsarios no eran sino balleneros que ejercían uno u otro oficio, según terciaba.

El tiempo ha borrado muchas huellas de aquel pasado. Y lejos suenan ya las coplas de Joanes de Etxeberri, natural del propio Ziburu, que en el año 1627 publicó este conocido verso: *"Guri ere ekbarguzu hurbillera Balea, / segurkiago armaren landatzeko kolpea. / Biziazen gatik dugu hirriskatzen bizia; / arren egiguzu baren gelditzeko grazia"* ("Tráenos también a nosotros la ballena / para darle el golpe con más seguridad. / Arriesgamos la vida por la vida; / haznos, por favor, la gracia de detenerla").



EN LA EXPOSICIÓN DEL MUSEO NAVAL DE LA CAPITAL GUIPUZCOANA, "DONOSTIA CIUDAD MARÍTIMA", APRECIAMOS UNA GRAN TINAJA PARA ACEITE DE BALLENA, LOCALIZADA EN LA BRECHA (DONOSTIA). EN EL CENTRO, UN ESCUDO COLGADO DE UN EDIFICIO EN BIARRITZ.

Escolta de balleneros

Las rocas se vuelven más afiladas, si cabe, en el trayecto que une Donibane Lohizune con Biarritz. En esta villa las pequeñas casas del viejo puerto, perfectamente pintadas, y la torre vigía de la atalaya hacen sospechar que aquello pudo ser otra cosa hace no tanto tiempo.

Una visita al Museo del Mar confirma la sospecha: en un apartado rincón se reproducen varias escenas de caza de ballenas. De hecho, Biarritz entra oficialmente en la historia de la mano de la ballena, y hasta el siglo XVIII el aprovechamiento del gran mamífero fue el principal recurso de la localidad.

Curiosamente, una de las primeras noticias que certifican la relación entre los vascos y la ballena se dio muy cerca de allí, concretamente en Baiona, donde un documento cerciora que en su mercado ya se vendía carne del animal en el año 1059. Y más tarde está documentada la recogida de huesos de ballena para utilizarlos en reparaciones, y la aparición de tinajas para el depósito del aceite de ballena.

Baiona obtuvo su "carta de franqueza" a comienzos del siglo XII, de la que sólo poseemos su confirmación en 1170 por Ricardo Corazón

de León (duque de Aquitania), y este rey concedió a Baiona los derechos a las pesquerías y para la caza de ballenas.

Baiona también ha sido cuna de corsarios que alternaban sus quehaceres pesqueros con el manejo alegre del machete corto y el hacha. El más famoso fue Joanes Suhigaraitxipi, quien atrapó con una sola fragata cien barcos en seis años. Entre sus ayudantes estaban el capitán Loius Harizmendi, el capitán Larregi y el teniente Etxebehere de Bidarre. En los últimos años, Suhigaraitxipi escoltaba a los balleneros que volvían de Terranova y allí encontró la muerte, en un combate cuerpo a cuerpo (1694).

En el puerto de Baiona la ballena es sólo un recuerdo vago del pasado, una leyenda que pulula por el ensanche y que descansa aletargada en las páginas polvorientas de los libros que se guardan en la biblioteca del Museo Vasco, sito, curiosamente, en el Muelle de los Corsarios.

En esta casa, el nostálgico puede repasar algunos de los pasajes más notables acontecidos en el antiguo puerto pesquero de Baiona en los años en que la burguesía local se distraía embelecando la ciudad con el dinero que les daba el bacalao y la ballena de Terranova.



IÑAKI MENDIZABAL
(BERRIATUA, 1968)

Periodista. Actualmente dirige la editorial Elea y es autor de varios libros sobre balleneros, piratas y corsarios vascos.

